

Recuérdame

Alison Oropeza

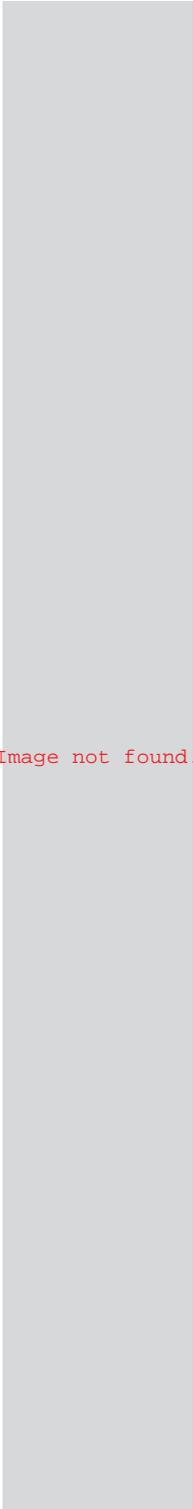


Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Francia,

1998.

Todo comenzó a algunos kilómetros de la ciudad de Bordeaux.

Había un pequeño pueblo de bajos recursos ubicado a cincuenta kilómetros de Étang de Batourot. Las calles estaban adoquinadas, las pequeñas casas de aspecto viejo y rústico tenían la fachada pintada de color blanco, las puertas estaban talladas en madera y cada propiedad estaba bordeada con una cerca de madera. Existía también una plaza al centro del pueblo, en la cual había un mercado de aspecto rural del cual entraban y salían varias mujeres cargando sus compras en bolsas de papel y algunos cestos tejidos. A la derecha del mercado estaba construida una pequeña pero hermosa iglesia. Había un grupo de palomas sobre el campanario y algunas personas escuchaban desde fuera la celebración eucarística que se llevaba a cabo dentro. A la izquierda del mercado, estaba construida una pequeña escuela elemental, rodeada de algunos otros negocios concurridos. Por las calles paseaban animales de carga que tiraban de carretas de madera. En cada esquina había faroles y una que otra cabina telefónica.

Dos carreteras conducían a la ciudad, aunque rara vez eran utilizadas para autos que no fueran los camiones de carga que llegaban para abastecer a los negocios.

Existía también una pequeña comisaría y varios negocios familiares tales como una barbería, un bar, cantidad de fondas que ofrecían comida deliciosa y un recién construido consultorio médico. Estaba también la alcaldía, que era una casa enorme y elegante, adornada por un hermoso

jardín.

Había una pequeña casa que estaba construida en las afueras del pueblo, a pocos metros de un pequeño arroyo. Era de un solo piso y la fachada estaba pintada de color celeste. La puerta estaba tallada en madera y tenía pocas pero grandes ventanas cubiertas por sendas cortinas de color blanco.

Aquella mañana, un elegante auto de color negro y con cristales polarizados llegó al pueblo, llamando la atención de los vecinos.

Estaban acostumbrados a ver los camiones y los autobuses, pero aquella era la primera vez que veían un automóvil de semejante porte.

El vehículo aparcó frente al recién construido consultorio médico, que estaba conectado a una pequeña farmacia.

Ahí esperaba un hombre moreno y regordete vestido con un traje de raya diplomática de color negro azabache. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y usaba demasiado fijador, tanto que su cabello estaba endurecido y reluciente.

Lo primero que llamaba la atención al verlo era su prominente nariz, ancha y con las fosas nasales tan grandes que recordaba a un cerdo.

El hombre se acercó resollando al vehículo cuando aparcó.

Del lado del conductor salió un muchacho moreno y lánguido que usaba gafas ahumadas, su cabello era tan largo que debía peinarlo con una coleta.

Vestía con un traje negro y usaba guantes blancos para cubrir sus manos.

El muchacho se acercó a la puerta trasera del vehículo y tomó la manija para abrirla, retrocedió para que el pasajero saliera y al encontrarse fuera aquella persona, el muchacho repitió el acto con la puerta del lado contrario.

Del vehículo salieron tres personas.

El primero fue un hombre de ancho espaldar, bastante alto y un poco fornido. Su piel era blanca y su cabello era de color paja, casi rubio, lo llevaba peinado hacia atrás. Sus rasgos eran angulosos, sus diminutos ojos verdes se encontraban tras un par de gafas de montura dorada, sus labios eran quizá demasiado delgados y su barbilla era cuadrada. Llevaba puesto un traje de raya diplomática de color negro, lucía una camisa de color azul celeste pulcramente abotonada, adornada por una corbata de

color vino. Usaba un par de mocasines negros, perfectamente lustrados. En la muñeca derecha llevaba un ostentoso reloj chapado en oro.

Su expresión era fría e indiferente.

La segunda persona era una hermosa mujer esbelta.

Su piel era ligeramente apiñonada, hacía juego con su larga melena lacia y castaña que caía como una cascada en su espalda, llegando casi hasta la altura de sus caderas. Tenía un pequeño y recto flequillo que cubría su frente, ocultando sus finas cejas. Tenía una nariz pequeña y respingada, ojos grandes y de un hermoso color gris. Usaba una ligera capa de maquillaje, remarcaba un poco sus ojos con el color cobre que había aplicado sobre sus párpados, tenía pestañas largas y hermosas.

Sus delgados labios iban pintados con un poco de color carmín.

Usaba un elegante y sencillo vestido de color café con un escote que dejaba al descubierto una parte de su pecho, de un tamaño considerable y con curvas perfectamente remarcadas.

El vestido era de tirantes y llegaba a un par de centímetros por debajo de las rodillas de la mujer, llevaba zapatos negros con alto tacón. En sus manos llevaba un par de pulseras de oro, con sus diez largos y delgados dedos sujetaba una cartera del mismo color que su atuendo. Sus uñas llevaban esmalte de color dorado. Con una mirada curiosa y traviesa examinaba su entorno, era un polo totalmente opuesto en comparación con el primer hombre.

Y el último era un chiquillo no mayor de diez años, delgado y de estatura promedio.

En su rostro infantil resaltaba una mirada muy cálida, con un brillo travieso e inocente que era casi idéntico al de la mujer castaña. Su piel era blanca, su cabello era corto y castaño, tan alborotado que parecía como si se hubiese despeinado luego de que alguien le aplicara una considerable cantidad de fijador en gel sobre su cabeza para controlar su rebelde melena. Sus ojos eran grandes, brillantes y de color aceituna, en sus mejillas esbozaba un ligero rubor, aquello le otorgaba un toque de ternura.

Vestía tan sólo con una camisa blanca de botones que le quedaba quizá demasiado suelta, un par de pantalones vaqueros de color negro y un par de zapatos deportivos Nike de color blanco, relucientes e impecables.

Tenía ambas manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

El hombre regordete tendió una mano hacia el hombre fornido, diciendo con una sonrisa:

—Bienvenido a Le Village de Tulipes. Usted debe ser el doctor...

—Montalbán —completó el hombre fornido estrechando la mano del hombre regordete—. François Gérard Montalbán —se presentó. Acto seguido, señaló a la mujer con un movimiento de la cabeza y dijo—: Ella es mi esposa, Marie Claire.

—Encantado de conocerla, madame Montalbán —dijo con tono servicial el hombre regordete estrechando la mano de la mujer—. Mi nombre es Pierre Gaudet, soy el alcalde del pueblo.

—El placer es mío, monsieur Gaudet —respondió Marie Claire con amabilidad.

—Y él es mi hijo, Jacques Zaccharie —continuó François señalando al pequeño.

El pequeño saludó con una sonrisa y Gaudet devolvió el gesto. Acto seguido, avanzó resollando hacia el frente para señalar con un ademán de la cabeza el consultorio médico, diciendo sin borrar su sonrisa:

— ¿Hermoso, no es así? Está listo para la inauguración de la próxima semana.

— ¿Está lista ya la vivienda que ocuparemos nosotros, monsieur Gaudet? —preguntó François.

—Ya está lista y en plenas condiciones para ser habitada —aseguró Gaudet servilmente—. Podrán mudarse esta misma semana.

—Es un pueblo muy pintoresco, monsieur Gaudet —concedió Marie Claire—. Aunque la idea de mudarnos aquí me inquieta un poco —confesó un poco apenada.

— ¿Puedo saber a qué se refiere con eso, madame? —dijo Gaudet aún con su tono servicial.

— ¿Hay escuelas en éste lugar, monsieur Gaudet? —Preguntó Marie Claire dirigiendo una mirada a los alrededores—. Comprenderá que nuestro hijo necesita continuar con sus estudios.

—Hay una escuela de buena calidad cerca de la iglesia —afirmó Gaudet—. Le aseguro que no tendrá que preocuparse por la educación de

su retoño.

—Eso es discutible, monsieur Gaudet —habló François con frialdad—. ¿Va a llevarme a ver a ese paciente que es tan importante? —inquirió arqueando una ceja.

—Sí, doctor —respondió Gaudet—. Su nombre es Raoul Pourtoi, es un importante agricultor. Vive en las afueras del pueblo con su esposa Odile, y su hija Apoline —informó.

— ¿Cuál es su situación? —preguntó François.

—Un accidente, tiene una pierna rota —informó Gaudet—. Es un gran problema carecer de apoyo médico en el pueblo, especialmente para los Pourtoi.

— ¿Se puede saber la razón? —quiso saber Marie Claire.

—Los Pourtoi son, por mucho, la familia más pobre del pueblo —explicó Gaudet—. Raoul es un simple agricultor, sus ingresos son escasos ya que todos los productos son proporcionados por camiones que vienen de Bordeaux. Odile es un ama de casa que de vez en cuando viene a la plaza a vender artesanías que ella fabrica con sus propias manos, no gana mucho dinero. Y Apoline, bueno, es tan sólo una niña de diez años.

—Bien, quiero conocerlos —anunció François—. ¿Podría indicarme el camino, monsieur Gaudet?

—Será un placer —sonrió el aludido.

Volieron a abordar el auto y se pusieron en marcha a la casa de la familia Pourtoi. Atravesaron un camino terroso que los condujo hacia la pequeña casa de fachada de color celeste cerca del arroyo.

Marie Claire la miró embelesada.

Una casa humilde pero acogedora, pensó.

Bajaron del vehículo y el conductor apagó el motor.

Marie Claire y Jacques se tomaron su tiempo para admirar su entorno e inhalar profundamente el aire fresco, la mujer dirigió una mirada al arroyo y esbozó una sonrisa.

Sin duda, Le Village de Tulipes era un lugar hermoso.

— ¿Te gusta el entorno? —preguntó su esposo rodeando la cintura de

la mujer con un brazo.

—Es hermoso —concedió Marie Claire—. Esta familia, los Pourtoi, seguramente llevan una vida muy tranquila en este lugar.

Siguieron a Gaudet hasta la puerta de la casa.

El hombre llamó, golpeando la puerta con sus obesos nudillos. La respuesta fue inmediata pues una mujer abrió la puerta.

Era morena, de piel ligeramente apiñonada. Lucía una larga cabellera de color negro azabache, peinada en una ajustada coleta, sus hermosos ojos de color avellana quedaban ocultos tras un par de gafas de media luna. Llevaba puesto un vestido de color celeste y un delantal de impecable encaje blanco. Calzaba un par de zapatos de cuero, viejos y gastados. La mujer iba secando sus húmedas manos con una toalla pequeña de color rojo.

—Buenos días, madame Pourtoi —saludó Gaudet con una sonrisa.

—Buenos días, monsieur Gaudet —respondió ella hospitalariamente—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó amablemente.

—Permítame presentarle al doctor François Montalbán y a su esposa, madame Marie Claire —anunció señalando a los aludidos.

—Es un verdadero placer conocerlos —sonrió Odile al tiempo que estrechaban sus manos.

—Y éste es nuestro hijo, Jacques —anunció Marie Claire señalando al niño.

—Es encantador —concedió Odile.

Jacques le dedicó una sonrisa.

— ¿Dónde se encuentra su esposo, madame Pourtoi? —Preguntó François—. Me gustaría darle un chequeo médico —informó.

—Raoul está en nuestra habitación —respondió Odile y se movió para dejar pasar a los recién llegados a su vivienda—. Adelante, están en su casa.

— ¿Puedo esperar en el auto? —Preguntó Jacques dándole un tirón al vestido de su madre, ella lo reprimió con una severa mirada así que el chico añadió—: Papá tardará mucho, prefiero quedarme en el auto.

—Un poco de aire fresco no te vendría nada mal —respondió su padre con indiferencia—. ¿Por qué no vas a pasear por los alrededores? —le sugirió.

—Tan sólo no te alejes —secundó su madre.

—Quizá te encuentres con mi hija —intervino Odile—. Ha ido a jugar cerca del arroyo.

Jacques asintió con la cabeza, se despidió de los presentes con una sonrisa y se retiró.

El pequeño caminó a paso lento hacia el arroyo. El aire fresco era agradable, inhalaba profundamente hasta que sus fosas nasales no podían abrirse más y tampoco sus pulmones podían seguir expandiéndose. Miraba con ojos brillantes la cantidad de árboles que crecían al otro lado del arroyo. Había crecido en la ciudad, siempre rodeado de enormes edificios, así que ese ambiente tan rústico le resultaba fascinante. Se agachó para tomar un guijarro del suelo y lo guardó en su bolsillo para llevarlo como un souvenir.

Al levantar la mirada, la vio.

Ahí, de rodillas junto al hilo de agua cristalina, se encontraba una niña pequeña.

En aquella posición era imposible describir su estatura, pero Jacques adivinó de inmediato que tenía su misma edad.

La piel de la niña era ligeramente apiñonada, su cabello era largo y lacio, de un brillante color negro azabache y que caía como una cascada por su espalda hasta llegar a su cintura, sobre su rostro caía un flequillo inclinado hacia la derecha. En su rostro infantil estaban esculpidos sus rasgos tan finos como los de una muñeca de porcelana. Sus ojos eran grandes, brillantes y de color marrón. Mordisqueaba una hoja arrancada de algún árbol con sus pequeños dientes astillados. Llevaba puesta una camiseta blanca de algodón, unos pantalones vaqueros de color azul marino y un par de zapatos deportivos de color gris.

La pequeña estaba intentando construir una montaña de guijarros.

Jacques sonrió y se acercó a ella, diciendo amigablemente:

— ¿Cómo te llamas?

Al escucharlo, la pequeña se sobresaltó y terminó por derribar su montaña de guijarros con un torpe movimiento de su mano derecha. Un intenso sonrojo apareció en sus mejillas. Jacques se arrodilló junto a ella y

le ayudó a reconstruir la montaña.

—Lamento haberte asustado —se disculpó Jacques.

—No te disculpes —dijo la pequeña con timidez.

La montaña de guijarros se encontraba en pie nuevamente.

Jacques se levantó, sacudió la tierra de sus rodillas y le tendió una mano a la niña para que se levantara igualmente. Ella agradeció el gesto con una sonrisa y se puso de pie.

—Me llamo Jacques —dijo el pequeño con una sonrisa—. Jacques Zaccharie Montalbán. ¿Cuál es tu nombre?

—Apoline —dijo la pequeña con un hilo de voz—. Apoline Pourtoi.

—Es un placer conocerla, mademoiselle Pourtoi —dijo Jacques aún sonriendo y en un dulce arrebató de galantería, tomó la mano de Apoline para besar sus nudillos.

Apoline se sonrojó.

—Tú debes ser la hija de madame Pourtoi —puntualizó Jacques, Apoline asintió con la cabeza—. Yo soy hijo del nuevo doctor del pueblo, François Montalbán. Nos mudaremos aquí esta semana.

— ¿Vienes de la ciudad? —preguntó Apoline ilusionada, hablando una voz más fuerte de lo que se proponía.

—Del centro de París —asintió Jacques.

— ¡Siempre he querido conocer París! —Exclamó Apoline—. Madame D'Compt, la bibliotecaria de la escuela, me ha mostrado fotografías preciosas de la Tour Eiffel. Siempre he querido verla de cerca.

—Desde nuestro departamento en París puede verse la Tour Eiffel tan cerca que puedes tocarla —alardeó Jacques.

—París debe ser un sitio precioso... —suspiró Apoline.

—Lo es —concedió Jacques y dio una mirada a su entorno para añadir—: Pero no se compara con este sitio. ¡Será como ir de vacaciones! —dijo sonriente.

— ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —Preguntó Apoline—. Porque vas a

quedarte, ¿no es así?

—Monsieur Gaudet nos consiguió una vivienda, pero no estoy seguro del tiempo que nos quedaremos aquí —respondió Jacques con aire pensativo.

—Bueno... Si te quedas, podríamos ser amigos —ofreció Apoline con una sonrisa—. Puedo mostrarte el pueblo y tú podrías contarme más cosas de París.

—Eso suena divertido —concedió Jacques con una sonrisa.

En ese momento, escucharon una voz a sus espaldas.

— ¡Jacques, es hora de irnos! ¡Monsieur Gaudet nos llevará a nuestra residencia!

Era la voz de Marie Claire.

Jacques le sonrió a su madre y le dedicó una cálida mirada a Apoline.

—Disculpa, tengo que irme —dijo.

—Hablaemos en otro momento —respondió Apoline con una sonrisa.

Jacques devolvió el gesto. Nuevamente tomó la mano de Apoline y le dedicó un suave beso en los nudillos. Apoline se sonrojó y Jacques corrió junto a su madre.

Marie Claire, Jacques, François y Gaudet abordaron el automóvil y se alejaron a moderada velocidad, levantando una nube de polvo a sus espaldas.

Capítulo 2

Capítulo I

Francia,
2008.

Me levanto cuando escucho a mi madre llamando desde el pasillo.

Golpea la puerta de mi habitación con los nudillos de una forma tan leve que no logro entender cómo es que me despierta. Sé que intenta no hacer ruido para no molestar a mi padre que duerme cómodamente en la habitación al otro lado del pasillo.

Aparto el cobertor de color lavanda y me tallo los ojos con los nudillos, luego estiro los brazos para desperezarme y miro la pantalla del enorme reloj digital de color azul celeste que descansa sobre mi mesa de noche. Son casi las ocho de la mañana y tengo que salir pitando de mi habitación para ducharme.

He terminado finalmente el bachillerato y ahora trabajo como estilista en el salón de belleza que abrió hace poco cerca de la iglesia. Vivo en un pueblo pequeño así que puedo ir caminando tranquilamente desde mi casa y llegar a mi trabajo en quince minutos. Mi novio, que vive en una casa lujosa al otro lado del pueblo, ha insistido en enseñarme a conducir para poder prestarme su automóvil y no tener que caminar sola durante las mañanas.

Me he negado rotundamente, aunque admito que me encantaría tener mi propio auto. Claro que eso es sólo un sueño, pues mi familia jamás podría costárselo.

En realidad, los pocos lujos que ahora poseo son obsequios de ese

muchacho.

Todas las mujeres del pueblo me envidian por salir con el millonario hijo del médico del pueblo.

No las entiendo, ¿cómo pueden querer relacionarse con la familia del doctor Montalbán?

Ese sujeto es tan déspota, tan frívolo...

Pero su esposa, madame Marie Claire, es totalmente distinta.

Ella me agrada y yo también le agrado a ella, ha sido así desde que comencé a salir con su hijo cuando tenía trece años.

Nuevamente mi madre me está presionando para que me vaya al trabajo. Salgo de la ducha a toda velocidad y voy corriendo a mi habitación para vestirme pues llevo mi cuerpo desnudo envuelto en una toalla de color blanco. Tomo lo primero que mis manos tocan en el armario, una camiseta de color amarillo y pantalones vaqueros ceñidos de color azul.

Semejante combinación asquerosa he elegido.

Detesto el color Amarillo, pero ya no tengo tiempo para buscar otra prenda.

Me calzo los zapatos deportivos y le doy una rápida cepillada a mi cabello frente al espejo.

Arrugo la nariz cuando veo mi aspecto.

Piel apiñonada, pecas sobre las mejillas y la nariz, ojos marrones y lacio cabello negro.

¿Cómo es que mi novio se ha fijado en mí?

—Apoline, de prisa.

Sé que ya perdí mucho tiempo cuando mi madre deja de tocar la puerta y comienza a llamarme por mi nombre, así que voy corriendo a la cocina para servirme un vaso de jugo de naranja. Lo bebo tan velozmente que casi me ahogo, mi madre tiene que darme un par de palmadas en la espalda para que logre tragarlo. Le agradezco con una sonrisa y le doy un mordisco a un trozo de pan tostado antes de tomar mi bolso tejido de la mesa de la cocina y salir corriendo. Ni siquiera me he despedido de mi madre pero sé que más tarde la veré vendiendo sus artesanías en la

pequeña tienda que madame Marie Claire pagó para nosotros.

Esa mujer es tan amable, ¿cómo es que alguien puede desembolsar tanto dinero para ayudar a la familia más pobre del pueblo?

Detesto llamarnos así...

Pero es la verdad.

Mi padre solía ser agricultor pero ahora ya es muy viejo y no puede continuar con sus andanzas. Nuestra economía depende ahora de las artesanías que fabrica mi madre y de mi trabajo como estilista. Y, por supuesto, no seríamos nada sin el soporte económico de la familia Montalbán.

Todos en el pueblo no se cansan de decir a mis espaldas que sólo salgo con él por el dinero.

Ahora que lo pienso, también lo han dicho en mi cara.

Bueno, no es que me importe. La verdad es que, si ellos no estuvieran ayudándonos, yo habría encontrado cualquier forma de llevar el pan a casa cada día.

Detesto que mi madre trabaje, pero su espíritu es implacable.

Mientras pueda tener un ojo sobre ella, supongo que no hay problema si quiere atender la tienda de artesanías.

Diez minutos después de haber salido de casa finalmente llego al centro.

La iglesia se alza frente a mis ojos y sonrío al ver que todos los demás vecinos del pueblo ya comenzaron con sus actividades.

Todas las tiendas están abriendo ya, mi estómago ruge cuando percibo el aroma del pan recién horneado que vende monsieur Jules en su panadería. Lo saludo con una sonrisa y una sacudida de la mano, no puedo detenerme a comprar un poco de pan para desayunar pues he olvidado tomar la billetera antes de salir de mi habitación.

Cuando llego al salón de belleza ya está ahí madame Marie Claire preparando todos nuestros utensilios para empezar el día.

Lanzo mi bolso tejido sobre el escritorio de la recepción y busco en el perchero el mandil de color rojo que tiene con letras bordadas el nombre de mi amable y condescendiente jefa. Tomo una liga de hule de encima del escritorio y me recojo el cabello en una coleta, aún húmedo por la

ducha de esta mañana.

—Se te ha hecho tarde nuevamente, Apoline —comenta madame Marie Claire esbozando una sonrisa.

Suelto una risa nerviosa antes de ofrecer mis disculpas, al igual que sucede cada mañana.

—Anoche me he quedado leyendo hasta altas horas de la madrugada —le digo mientras le ayudo a limpiar los espejos—. El libro se ha puesto de lo más interesante.

— ¿Qué libro podría ser? —me pregunta.

—El fantasma de Canterville —le respondo.

Ella asiente con la cabeza y comenzamos a comentar el libro.

A madame Marie Claire le encanta la lectura tanto como a mí. Mi novio me ha prestado centenares de libros de la colección de su madre.

¿He mencionado ya su nombre?

Mi novio es Jacques Montalbán.

Madame Marie Claire y él son muy parecidos en cuanto a la personalidad. Jacques es idéntico a su padre en cuanto al físico, y agradezco que ese sea el único parecido que comparten. Ni siquiera me agrada ir a la casa de los Montalbán cuando el padre de Jacques no está atendiendo su consultorio médico.

Ese sujeto no para de quejarse acerca del pueblo donde vivimos, Le Village de Tulipes.

En ocasiones he querido preguntarle qué hace en un pueblo como el nuestro si no le gusta nuestra forma de vida. Sé que él está acostumbrado a los lujos de la ciudad, pero Le Village de Tulipes no es ningún pueblo fantasma ni mucho menos.

Al menos, a mí me fascina vivir aquí y con eso es más que suficiente.

Monsieur Montalbán, por si lo demás no fuera suficiente, está totalmente en contra de que Jacques y yo seamos pareja. Tampoco es que importe demasiado su opinión pues su hijo y yo hemos estado locamente enamorados desde que teníamos diez años. Y aunque él intenta hacerme ver como una aborigen, nunca lo ha conseguido.

Son las nueve en punto cuando vemos entrar a nuestros primeros clientes del día. Tengo que cortar el cabello de ambos mientras madame Marie Claire se encarga de las finanzas.

Nos va bastante bien en el negocio y la paga no es mala.

Incluso hay ocasiones en las que las mismas personas vienen diariamente con tal de pasar un rato conversando con nosotras.

Madame Marie Claire insiste en que el truco para tener un buen negocio, y convertirlo en algo muy lucrativo, es conseguir recrear el ambiente de un hogar para que los clientes vuelvan. Así que además de cortar el cabello también actuamos de consejeras, psicólogas, e incluso de niñeras y compañeras de juegos.

Mi momento favorito del día es cuando vienen las señoras mayores con sus nietos. Madame Marie Claire las atiende mientras yo juego con los niños, cosa que me fascina. Así ellos no se aburren y sus abuelas tienen la oportunidad de ponerse al tanto con los últimos cotilleos.

Detesto esa tertulia, pero amo a los niños.

Mi sueño es formar una familia y tener una casa pequeña como la que mis padres construyeron cuando yo nací, en las afueras de Le Village de Tulipes. Aunque el doctor Montalbán no se cansa de decirme que es poco probable que pueda procrear alguna vez. Su diagnóstico se basa en que soy demasiado enfermiza.

A decir verdad, creo que sólo dice esas tonterías para intentar alejar a Jacques de mí.

Como sea, me encanta trabajar en el salón de belleza.

Son las once en punto cuando finalmente llega la hora de almorzar.

Madame Marie Claire y yo nos turnamos cada día para salir a comprar el almuerzo. Hoy debo quedarme esperando para no descuidar el negocio.

Le Village de Tulipes es un pueblo muy seguro, pero nunca se sabe.

Enciendo el computador que tenemos en el escritorio de la recepción para entrar al menú de juegos, Jacques me enseñó algunas cosas sobre informática así que bien podría entrar a navegar en Internet, pero no hay nada como una buena partida de Buscaminas.

Levanto la mirada cuando escucho que suena la campanilla que tenemos colgada en la puerta del negocio, minimizo la ventana del juego

y me levanto para recibir a un nuevo cliente, pero nuestra visita es nadie más y nadie menos que Jacques.

Me saluda con una sonrisa y se quita la cazadora negra para colgarla en el perchero. Me acerco a él y me rodea la cintura con sus brazos para luego plantarme un delicado beso en los labios. Me encanta esa carismática sonrisa suya. Acaricia mi mejilla con el dorso de su mano derecha y yo esbozo una sonrisilla estúpida.

Me pasa lo mismo siempre que lo veo, siempre que estoy en sus brazos.

Avanzamos hacia el interior del negocio, él no deja de abrazar mi cintura.

Por mí, podría hacerlo durante el día entero.

— ¿Dónde está mi madre? —me pregunta mientras busca a madame Marie Claire con la mirada.

—Ha ido a comprar el desayuno —le explico.

— ¿Fue a casa para buscar el caviar y el vino tinto? —bromea y veo su sonrisa carismática en el reflejo del espejo que tenemos enfrente.

Luego de tantas burlas crueles por parte de su padre, Jacques y yo hemos tomado su posición económica como un juego. Me fascina bromear acerca de la vida de la gente rica. No es que los Montalbán sean parte de la burguesía, pero sí tienen más dinero que todos en el pueblo. Monsieur Montalbán es un reconocido doctor egresado de una de las mejores universidades de Francia, madame Marie Claire es dueña de una importante cadena de negocios. Jacques aún no tiene su propio negocio ni una carrera universitaria...

Si tengo que ser honesta, en realidad espero que no tenga que dejar Le Village de Tulipes para poder continuar con sus estudios. No hay universidades en el pueblo, así que todos quienes hemos concluido ya el bachillerato tenemos que buscar formas de estudiar en otros sitios del país o de trabajar en Le Village de Tulipes. Yo he optado por la segunda opción, no puedo alejarme de mis padres. Pero Jacques...

No, hoy no voy a deprimirme por esa posibilidad.

— ¿Caviar y vino tinto para el desayuno? —respondo intentando usar un acento diferente y más sofisticado—. Suena delicioso, espero que sea eso y no uno de esos asquerosos platillos pueblerinos que venden en la

verbena.

Siempre me siento culpable cuando hablo así de mi pueblo. Estoy orgullosa de haber crecido en Le Village de Tulipes y al atreverme a decir esas cosas... Es casi como si los estuviera insultando.

Jacques suelta una carcajada antes de sujetarme la barbilla con un par de dedos y besarme nuevamente. Besa la punta de mi nariz y me mira a los ojos.

Me enloquecen sus ojos de color aceituna.

— ¿Tienes planes para hoy por la noche?

—Jugaré golf con tu madre —bromeo, él ríe.

Mi sonido favorito en el mundo.

—Vendré por ti esta noche —me dice y planta un beso sobre mi frente—. Te daré una sorpresa, un adelanto de tu regalo de cumpleaños.

— ¿Otro obsequio adelantado? —le pregunto—. ¿No ha sido suficiente el reproductor de música con sonido estéreo, el televisor para mi habitación y la joyería lujosa que parece que robaste de entre las pertenencias de tu madre?

Le arranco otra carcajada con esa pregunta.

Aquellos obsequios me los ha estado dando desde hace dos semanas, pero son baratijas en comparación con los años anteriores. Nunca olvidaré el día en que me llevó a Barcelona para celebrar mi décimo sexto cumpleaños, o cuando viajamos juntos a Italia y Londres por nuestro tercer aniversario. Siempre ha evitado llevarme a conocer el resto de Francia, pues sabe que el sueño de mi vida es conocer cada rincón de nuestro país.

Es cruel, pero sé que está guardando eso para un momento especial.

¿Nuestra luna de miel, quizá?

—Ya lo verás esta noche —me dice y me besa de nuevo—. Tengo que irme, no quiero que mi madre piense que soy un distractor para ti.

—Pero ya me distraes incluso cuando no te veo —le respondo y rodeo su cuello con mis brazos, es mucho más alto que yo así que debo pararme de puntillas—. Pienso en ti dieciséis horas diarias.

— ¿Y en quién piensas las ocho horas restantes? —me pregunta intentando parecer celoso, sé que está bromeando pues no ha parado de sonreír.

—En nadie —le respondo—. Te sueño durante esas ocho horas.

Y lo beso.

Amo a Jacques más que a nada en el mundo y soy la mujer más feliz de la tierra al saber que él también me ama.

Siempre he creído que fuimos hechos el uno para el otro.

Capítulo 3

II

A las seis de la tarde cerramos el negocio.

Madame Marie Claire me da la mitad de las propinas del día y yo meto todas las monedas en mi bolso tejido. Sé que tintinearé de regreso a casa, necesito hacerme de un monedero pequeño para guardar las propinas.

Necesito también dejar de olvidar la billetera en casa.

Jacques entra en el negocio cuando madame Marie Claire y yo estamos apagando las luces y dejando todo en su lugar. Me saluda con un beso en la mejilla, siempre se cohíbe cuando sus padres están presentes. No lo culpo, yo hago lo mismo cuando mi familia nos ve juntos. Cerramos las puertas del negocio con llave y subimos al auto de madame Marie Claire. Me encanta el interior del vehículo, huele al exquisito perfume que ella usa. Es mucho mejor que el auto de monsieur Montalbán que siempre apesta a tabaco. Ahora que lo pienso, ¿cómo es que un médico puede ser un fumador empedernido?

Madame Marie Claire conduce hasta la residencia de la familia Montalbán.

He estado en esta parte de Le Village de Tulipes un sinfín de veces.

Como he dicho ya, es un pueblo pequeño y todos los vecinos nos conocemos entre nosotros así como sabemos dónde vive cada quién.

Los Montalbán ocupan la mitad de la casa del alcalde Gaudet que es, por mucho, la más grande construcción del pueblo.

Podría pasar por una mansion, excepto por el aspecto rústico que posee en sus interiores y en la fachada. Me encantaría vivir en una casa así, aunque un poco más pequeña. Detesto los espacios grandes, pero

esta casa es distinta.

Claro, digo eso sólo porque Jacques vive aquí.

El vehículo se detiene y madame Marie Claire baja del auto para que Jacques ocupe su lugar en el asiento del conductor, yo ocupo ahora el asiento del copiloto y me pongo el cinturón de seguridad mientras escucho las recomendaciones nocturnas que Jacques recibe.

—Llega temprano, a tu padre no le gustará saber que te llevas el auto por las noches —dice madame Marie Claire, Jacques asiente con la cabeza—. Ten cuidado y no te metas en problemas.

Jacques asiente con la cabeza, besa la mejilla de su madre y nos ponemos en marcha. Él pone una mano en mi rodilla y yo le dedico una sonrisa aunque no puede verla pues tiene la mirada fija en el camino.

No puedo quejarme, es un conductor bastante responsable.

— ¿A dónde vamos? —le pregunto.

Él mira su ostentoso reloj de muñeca antes de responder.

—A tu casa —dice—. Debes dormir o mañana se te volverá a hacer tarde.

¿Cómo es que él sabe todas esas cosas?

Claro, madame Marie Claire debió habérselo dicho.

Me hundo en mi asiento decepcionada de no haber señales de una velada romántica.

—Creí que me darías otro adelanto de mi obsequio de cumpleaños —me quejo y por un momento me imagino a mí misma como una niña pequeña y caprichosa.

Él suelta una carcajada contagiosa.

—Siempre supe que estabas conmigo por los regalos, pequeña oportunista —me dice y le da un cariñoso apretón a mi rodilla.

— ¿Pensaste que salía contigo sólo por tu carisma o por tu atractivo?

Me fascina cuando jugamos así, aunque cuando los vecinos nos escuchan sólo distorsionan nuestras conversaciones para alimentar su

estúpida tertulia.

—Eso duele, mademoiselle Pourtoi —me dice intentando parecer herido y ofendido pero no deja de reír.

Finalmente aparca su auto frente a mi pequeña casa.

No hemos hecho más de cinco minutos de camino, en momentos como este desearía que Le Village de Tulipes fuera un pueblo más grande.

Jacques apaga el motor y baja del auto para abrir mi puerta y ayudarme a apearme del vehículo. Me rodea la cintura con un brazo y me acompaña hasta la casa. Nos detenemos el pórtico y le pregunto antes de girar el pomo para entrar:

— ¿Quieres quedarte un rato?

Mira de nuevo su reloj antes de responder.

Me encanta ese gesto suyo, aunque parece más un tic nervioso. Su padre es tan estricto en cuanto a la hora de llegada de Jacques que siempre debemos estar al pendiente de cada movimiento de la manecilla del reloj.

Jacques suelta un bufido y puedo adivinar su respuesta.

—No puedo, ya debo volver —me responde de mala gana—. Mi padre dijo que en la cena de hoy tendríamos una charla importante. —Vuelve a bufar y ya sé lo que viene después—. Quiere que volvamos a hablar sobre la universidad.

Ese tema de nuevo...

Ya sé que monsieur Montalbán intentará convencerlo de mudarse a la ciudad para continuar con sus estudios, tal y como ha estado hacienda durante hace ya un tiempo.

No quiero imaginar a Jacques lejos de mí y para evitar deprimirme, le sonrío y asiento con la cabeza.

—Anda, vete ya —lo animo—. No queremos que te envíe a trabajar en la verbena.

Vuelve a soltar una carcajada, ¿alguna vez me cansaré de ese sonido?

—Te veré mañana, vendré por ti para que no vuelvas a llegar tarde

—me dice y tira de mis mejillas hasta dejar una marca roja en mi piel.

—De acuerdo —le respondo cuando me suelta.

Me da un prolongado beso en los labios, de esos besos que te roban el aliento. Me fascina esa sensación, ese cosquilleo que me provoca en el estómago con cada uno de sus pequeños gestos. Nos separamos y nos miramos a los ojos durante un minuto entero.

Junto a él, incluso un segundo parece una eternidad.

—Te amo, Apoline —me susurra y me besa la frente.

—Yo te amo más, Jacques —le respondo y le robo un delicado beso en los labios.

Él se aleja para subir de nuevo a su vehículo y yo lo despido con una sacudida de la mano. Es ahora que me doy cuenta de que no me ha entregado ningún adelanto de mi regalo de cumpleaños. Me siento embaucada, debo admitir. Me quedo quieta en la entrada hasta que veo las luces de su auto desaparecer, tan sólo rogando a los cielos que no lo alejen de mi lado por culpa de la maldita universidad.

Capítulo 4

III

A la mañana siguiente despierto sin necesidad de que mi madre venga a avisarme que se me hace tarde. Estoy tan emocionada que no tengo problemas en ir a darme una ducha y volver a mi habitación para elegir las mejores ropas que poseo. No es difícil ya que madame Marie Claire me trae un par de blusas o algunos pares de jeans ajustados cada vez que va a sus viajes de negocios. Incluso mi madre cree que me ha adoptado como si fuera su otra hija.

Tomo del armario un veraniego vestido de color celeste que me llega hasta las rodillas y un par de zapatos de tacón bajo a juego. Me siento frente al espejo del tocador para cepillar mi cabello e intento peinarlo. A veces lo detesto, no logro aplacarlo así que lo cepillo y lo adorno con una diadema que hace juego con el vestido. Nunca me ha gustado usar maquillaje pero algo me dice que será un día especial así que me pongo un poco de brillo en los labios y algo de rímel en las pestañas. Tomo del joyero uno de los collares con pedrería que me ha obsequiado Jacques para adornar un poco el escote del vestido.

A decir verdad parece más que voy a cenar con los Montalbán.

¿Quién se vestiría así para ir a trabajar a un salón de belleza?

Tomo mi billetera y bajo a la cocina para guardarla en el bolso tejido y servirme un vaso de jugo de naranja.

Mi madre aún no se ha despertado y no la culpo, anoche mismo le dije que Jacques vendría para llevarme al trabajo y le pedí que no me despertara pues podía hacerlo yo sola. Para matar el tiempo mientras llega Jacques me pongo a preparar pan tostado, me encanta con un poco de mantequilla y azúcar. Nada como un bocadillo dulce para empezar el día.

Pero mientras estoy untando la mantequilla viene a mi mente el tema de los estudios universitarios de Jacques.

Sé que suena egoísta, pero no quiero que vaya a estudiar. Al menos, no si debo verlo partir a la ciudad. Nunca nos hemos separado desde que éramos unos niños, ¿por qué deberíamos hacerlo ahora? Me acerco al teléfono de la casa para llamar a la residencia Montalbán, pero me arrepiento cuando escucho el primer tono de espera. Nunca he llamado a Jacques pues vivimos en un pueblo pequeño y si quiero hablar con él, basta con visitarlo.

Pero la curiosidad me está matando.

Supongo que sólo me queda esperar a que venga por mí.

Espero...

Espero...

Miro el reloj que cuelga de la pared de la cocina.

Voy veinte minutos tarde y Jacques no da señales de vida.

¿Se habrá averiado el auto?

¿Se habrá quedado dormido?

No, monsieur Montalbán no permitiría semejantes acontecimientos que pudieran arruinar su impecable rutina.

Quizá le prohibió a Jacques venir a verme tan temprano.

Sí, eso debe ser.

Voy a toda prisa al baño para lavarme la cara y quitarme el estúpido maquillaje. Me deshago también del collar con pedrería. Quisiera ponerme una camiseta y unos pantalones en lugar del vestido veraniego pero ya no tengo más tiempo. Tomo el bolso tejido y salgo pitando de la casa. Llegaré tarde de nuevo, ¿cómo es que madame Marie Claire no se busca una empleada más puntual?

Me detengo en seco cuando llego al salón de belleza y veo que aún sigue cerrado. No sólo eso, ni siquiera está cerca el auto de madame Marie Claire.

¿Acaso olvidó decirme que hoy no abríamos?

Afortunadamente siempre llevo un duplicado del juego de llaves del negocio así que me encargo de abrirlo yo misma. Limpio los espejos y doy una barrida rápida al piso de azulejos blancos. Me pongo el mandil de color rojo y me recojo el cabello con una coleta. Una vez que todo está listo me siento frente al computador y me dedico a jugar una partida de Buscaminas mientras espero a nuestros primeros clientes.

Pasan las horas y no hay noticias de madame Marie Claire.

Ya realicé tres cortes de cabello, pero no he logrado concentrarme del todo. Afortunadamente no he cortado las orejas de nadie.

¿Dónde está madame Marie Claire?

Les he preguntado a mis tres clientes y ninguno me ha dicho nada.

Quiero pensar que ella está enferma, en cama, y que Jacques me compensará por la noche o vendrá a verme pronto.

Desearía tener un teléfono celular para llamarlo, pero Jacques siempre se queja de que la cobertura en el pueblo es una mierda.

Así que tomo el teléfono del negocio y marco de nuevo el número de la residencia Montalbán, sólo para colgar el auricular al escuchar el primer tono de espera.

¿Qué está pasándome?

¿De dónde sale tanta inquietud?

Han dado ya las once y yo necesito ir por el desayuno. Así que coloco en la puerta un pequeño anuncio donde digo que volveré en quince minutos y cierro con llave. Con la billetera en la mano me dirijo a la verbena que, convenientemente, está situada frente al negocio. No sé qué quiero desayunar, así que me paseo por la verbena y saludo a los vecinos del pueblo. Puedo ver la tienda de artesanías que mi madre atiende cerca de la panadería, ella está desayunando un emparedado mientras espera a sus clientes. Finalmente me decido por un poco de fruta y agua natural. Cuando vuelvo al salón de belleza con mi desayuno me llevo una decepción enorme al ver que no hay ni rastro de madame Marie Claire o Jacques.

¿Qué demonios pasa con ese par?

Hoy debo cerrar el negocio yo sola.

Cuando despido a mi última clienta doy una rápida barrida al suelo y comienzo a guardar todo en su lugar. Esta vez dejo las propinas en su sitio. Mientras termino de limpiar recuerdo que Jacques aún no me ha dado ese adelanto de mi obsequio de cumpleaños y mi ánimo se levanta. Quizá su ausencia precede a una gran sorpresa, aunque tan sólo quiero verlo para ahuyentar este maldito mal presentimiento.

Finalmente apago las luces y cierro la puerta con llave.

Me dispongo a caminar para ir a casa pero me detengo cuando veo las luces del auto de madame Marie Claire. Sonrío, imaginando que ha venido para asegurarse de que todo salió bien en su ausencia.

El auto se detiene frente a mí y veo salir a Jacques.

Algo va mal.

Jacques tiene los ojos rojos e hinchados.

Ha llorado.

Pero, si Jacques nunca llora, ¿qué ha pasado?

¿Madame y monsieur Montalbán se encuentran bien?

Me quedo quieta mientras él viene hacia mí y me toma la mano para decirme con firmeza:

—Tenemos que hablar.

Mi corazón da un vuelco y un nudo se forma en mi garganta.

Esas tres palabras nunca anuncian nada bueno.

Capítulo 5

IV

Jacques me pide que suba al auto y yo le obedezco sin rechistar. Él ocupa su asiento y pone en marcha el vehículo sin mediar palabra conmigo. Conduce demasiado rápido, tanto que pronto nos encontramos afuera de mi casa.

¿Estará enfadado conmigo?

Apaga el motor y se queda quieto sin soltar el volante, lo aferra con fuerza como si se le fuera la vida en ello. Intento decirle algo, cualquier cosa, pero mi voz parece haber desaparecido. Estoy segura de que algo terrible le ha pasado pero no puedo adivinar qué ha sido.

Intento no imaginar ningún tipo de tragedia pero sólo puedo pensar en que madame Marie Claire ha enfermado o algo peor.

— ¿Estás bien? —consigo decirle con un hilo de voz, él ni siquiera me mira.

Por todos los cielos, Jacques.

¡Háblame!

— ¿Tu madre está bien? —insisto y por un momento me siento culpable de que el bienestar de su padre no sea parte de mis inquietudes.

Lo veo reprimir un sollozo y una lágrima solitaria recorre su mejilla.

Me parte el corazón verlo así y no saber qué hacer para ayudarlo.

Parece pasar una eternidad hasta que él me responde.

—Lamento no haberte llevado hoy al trabajo —me dice, no quiere

mirarme.

—No importa —le digo y sonrío para intentar animarlo—. ¿Está todo bien? —insisto.

Jacques tarda un minuto entero en responder.

—Mi padre quiere que vaya a hacer la prueba de ingreso para universidad —me dice intentando parecer indiferente pero sé que hay algo más de trasfondo.

—Entiendo... —le respondo y mi sonrisa se borra.

Un simple examen no debe ser tan grave.

Me siento egoísta al desear que Jacques no pase la prueba.

Lo veo tomar una bocanada de aire, aquí viene otra explicación.

—Al parecer logré conseguirme un lugar en la Université Pierre et Marie Curie. Debo presentar la prueba por mera formalidad, pero...

— ¿iIrás a la universidad!?

Mi voz se escuchó aguda y más fuerte de lo que pretendía que fuera.

Jacques finalmente me mira y sé que se ha enfurecido. Ir a la universidad no es desición de él, es cosa de su padre, y con mi comentario estoy culpando a Jacques.

El nudo en mi garganta crece, comenzaré a llorar si no hablo pronto con él.

—Lo lamento mucho, Jacques —le digo y trato de sonar totalmente sincera—. Me tomaste por sorpresa, no quise que lo que dije se escuchara mal.

Me mira y esboza esa sonrisa suya, me siento tan mal por ver aún sus ojos llorosos que le tomo la mano con fuerza.

Sé que ambos estamos pasándolo mal por esta noticia, pero también estoy segura de que encontraremos una solución.

Él le da un apretón a mi mano con fuerza.

—Mi padre quiere que me mude a París con él —continúa e intento parecer tranquila para que no se enfurezca o se sienta peor—. Al menos,

será mientras termino la universidad.

—Pero tu padre es el médico del pueblo, no puede irse —le reclamo y esta vez no puedo evitar que se note mi enojo en contra de monsieur Montalbán.

—Otro médico vendrá a tomar su lugar —explica y eso me tranquiliza un poco—. Mi padre sólo busca una excusa para volver a la ciudad, sabes que nunca le ha gustado vivir aquí.

Vaya que lo sé.

Monsieur Montalbán nos considera aborígenes, salvajes, cree que somos personas ignorantes y analfabetas sólo por vivir en nuestro pueblo.

¿Cuál es su problema?

Pero hay algo que me inquieta más que ese hombre y debo decírselo a Jacques antes de que sea tarde.

Así que tomo un respiro y se lo digo:

— ¿Qué pasará con nosotros?

Me mira como si acabara de anunciar que tengo cáncer en fase terminal.

Se toma su tiempo para responderme, sé que está pensando cuando se pasa una mano por el cabello y suspira. Comienza a tamborilear el volante del auto con los dedos, cada segundo me parece una eternidad.

Creo saber lo que viene a continuación, me dirá que es mejor que lo nuestro no siga.

Hasta aquí llega nuestra relación.

Se me hace un nudo en la garganta y puedo sentir las lágrimas correr por mis mejillas cuando él pasa un brazo hacia el asiento trasero del auto y toma un pequeño paquete. Es un obsequio a juzgar por el brillante papel de colores que lo envuelve. Lo deja sobre mi regazo y desvía la mirada.

—Mi madre lo trajo para ti en su último viaje a la ciudad, pensaba dártelo anoche pero lo olvidé y creo que...

Se interrumpe al escuchar que rasgo el papel para descubrir un teléfono celular aún guardado en su caja. Me quedo sin habla cuando veo que él no quiere terminar conmigo. Dejo la caja sobre mi regazo sin

atreverme a sacar el aparato. Miro a Jacques y veo que él está un poco más tranquilo.

—No puedo llevarte conmigo, aunque mataría por hacerlo —me dice, sigue sin mirarme y sé que romperá a llorar de vuelta si nuestras miradas se cruzan—. Con ese teléfono podré llamarte todo el tiempo.

Vuelvo a mirar el aparato y me niego a sacarlo aún de su empaque. De alguna forma siento que si comienzo a utilizarlo será como despedirme definitivamente de Jacques y no pretendo dejarlo ir.

No aún.

Jacques se inclina para acercarse a mí y me toma la barbilla con un par de dedos para obligarme a mirarlo. Puedo notar un destello de desesperación en sus ojos de color aceituna.

—Apoline, escúchame —me dice con firmeza—. Necesito saber que vamos a seguir juntos a pesar de que me vaya.

— ¿Cuándo te vas? —logro articular con voz tenue aunque no sé si quiero saber la respuesta.

—En una semana.

Mi mundo acaba de derrumbarse y se hizo pedazos.

Pedazos demasiado pequeños como para volver a juntarlos y reconstruir lo que se ha roto en mi interior.

Salgo corriendo del auto para rodearlo y sacar a Jacques de su asiento.

Él no opone ningún impedimento y en un minuto ya estamos envueltos en un fuerte abrazo, nos aferramos el uno al otro como si no quisiéramos dejarnos ir jamás. Jacques tiene mucha fuerza en los brazos y siento sus manos recorrer mi espalda, está intentando consolarme pues yo ya estoy llorando desconsoladamente contra su pecho.

—No quiero dejarte ir... —sollozo—. ¡No quiero! ¡Quédate conmigo!

Jamás en mi vida creí que algún día le suplicaría a un hombre que no me abandonara, jamás creí que llegaría el día de separarnos. Nunca me enamoré de ningún otro hombre y el hecho de tener que despedirnos durante varios años sería desgarrador para mí.

Él también está deprimido con la noticia y me susurra al oído que todo

saldrá bien, aunque yo no creo que sea así.

¿Qué pasará si en París ocurre algo y él jamás vuelve?

Yo nunca reuniría el dinero suficiente para mudarme con él y su padre no se lo permitiría.

¿Qué puedo hacer para salvar nuestra relación?

De repente se separa de mí y sujeta mi rostro con ambas manos.

Enjuga mis lágrimas con sus pulgares y me dice con firmeza:

—Te prometo que vendré por ti en cuanto termine mis estudios. Nos iremos lejos del pueblo, lejos de París, seremos sólo tú y yo. Lo único que te pido es que seas paciente y esperes mi regreso.

— ¿Vas a volver? —Le digo y la desesperación se refleja en mi voz sin lugar a dudas, él asiente con la cabeza—. ¿Qué pasará si en París conoces a...?

No puedo terminar la frase pues él me besa como nunca antes lo ha hecho. Mis labios se conectan a la perfección con los suyos pues hemos sido hechos el uno para el otro.

¿Cómo he podido pensar que él terminaría conmigo?

Lo amo demasiado y él me ama más que a nada en este mundo.

Lograremos superar este bache, estoy segura.

—Jamás podría conocer a otra mujer tan perfecta como tú, Apoline —me dice y me toma con fuerza de las manos—. Te amo, eres mi vida, pero necesito que me prometas que esperarás a que vuelva aquí para llevarte lejos.

Asiento con la cabeza y esbozo una triste sonrisa. No puedo dejar de llorar, él tampoco puede y no creo que podamos dejar de hacerlo por un largo rato. Él sonrío y me abraza de vuelta. Planta un beso sobre mi cabeza y permanecemos juntos durante lo que parece ser una eternidad.

Si sólo nos queda una semana para estar juntos, debo hacer que sea inolvidable.

Capítulo 6

V

No he dejado de llorar todas las noches desde que Jacques me dijo que debe irse del pueblo. Entré a casa luego de conversar con él al respecto y me dirigí a mi habitación para ahogar mis sollozos con mis almohadas. No le conté a mi madre lo sucedido pues sé que no lo habría entendido.

El rumor, sin embargo, se extendió rápidamente y todos los vecinos no tardaron en enterarse de que Jacques y su padre dejarían el pueblo. Inventaron también rumores al respecto en los que involucraban un embarazo, un aborto, un matrimonio arreglado, incluso hubo un par de ancianas que mencionaron algo acerca de la homosexualidad de alguno de nosotros.

No los entiendo, ¿es tan difícil para ellos simplemente contar las cosas tal y como pasaron?

Durante toda la semana, madame Marie Claire ha sido muy condescendiente conmigo. Por cinco días tengo permitido trabajar medio turno para pasar el resto del día con Jacques.

Ella también está destrozada por la partida de su hijo y me ha dicho en un par de ocasiones que le pedirá el divorcio a monsieur Montalbán, al parecer han tenido unos años difíciles tras su llegada al pueblo y madame Marie Claire considera que la abrupta decisión de llevarse a su único hijo de vuelta a París es el motivo que necesitaba para disolver su matrimonio.

Siento un poco de pena por ambos pero no puedo intervenir.

Lo único que me preocupa es pasar el mayor tiempo posible con Jacques.

Mi madre insiste en que debemos darle fin a nuestra relación para que la despedida no sea tan dolorosa y no ha parado de repetirme que

Jacques no cumplirá su palabra de volver cuando termine sus estudios.

¿Qué sabe ella, si no lo conoce tanto como yo?

Jacques jamás me traicionaría de esa manera... ¿Cierto?

Como sea, hoy es un día muy ajetreado.

Nuestros vecinos, madame y monsieur Cacheux, celebran sus bodas de oro.

¡Cincuenta años de casados!

¡Es hermoso!

Para celebrarlo se ha organizado una gran fiesta en la plaza donde habitualmente se encuentra la verbena.

¡Todos estamos invitados!

Habrà música, baile, comida y todo tipo de diversiones para celebrar al matrimonio Cacheux. Jacques se ha ofrecido para ayudar con la decoración mientras madame Marie Claire y yo nos encargamos de peinar y maquillar a algunas de las invitadas.

Hoy cerraremos el negocio mucho antes para que madame Marie Claire pueda ir a arreglarse. Le he visto de gala muchas veces, desearía poder verme tan hermosa como ella algún día, quizá pueda ser así cuando tenga su edad. Madame Marie Claire no tiene una edad muy avanzada, está entrando ya en los cuarenta y se conserva bastante bien. Mi madre tiene la misma edad, quizá es un par de años mayor, pero se ve mucho más acabada que madame Marie Claire.

Me encuentro dando los últimos toques al maquillaje de una mujer anciana cuando veo a mi condescendiente jefa entrar al negocio con el almuerzo.

Huele delicioso, ha traído un poco de carne asada.

Despedimos a nuestras clientas y comemos juntas igual que siempre.

Quiero que ya llegue la hora de festejar a madame y monsieur Cacheux para pasar la noche entera con Jacques.

Detesto mirarme al espejo y que el reflejo no sea lo que yo esperaba

cuando empecé con el peinado y el maquillaje.

¿Quién es esa mujer horrenda que me devuelve la mirada?

¿De dónde salió ese cabello horrendo y esos ojos tristes?

¿Por qué no puedo tener un mejor cuerpo?

Madame Marie Claire me ayudó a elegir un vestido. Es de color azul marino y me llega a unos centímetros por debajo de las rodillas, es liso y para nada ajustado, lo que me parece muy cómodo. Los tirantes son muy delgados y el escote es algo apretado para hacer relucir mi busto. Usaré también un par de zapatillas a juego y joyería que madame Marie Claire me prestó especialmente para esta noche. No he podido hacer mucho con mi cabello así que lo llevo suelto y adornado con una cinta del mismo color que el vestido. Uso muy poco maquillaje pues a Jacques le gusta verme al natural y, a decir verdad, también a mí me gusta verme así.

Son las ocho en punto cuando mis padres se van a la fiesta organizada por la verbena.

Yo espero a que llegue Jacques, sentada en el descansabrazos del sofá.

Reviso la manicura que madame Marie Claire me hizo hoy luego de la comida y me aseguro de que ningún cabello se haya salido de su sitio.

Desearía poder verme mejor, pero no hay mucho que pueda hacer. Sé que quedan pocos días para ver partir a Jacques y hoy pudo haber sido el mejor momento para verme inigualable...

Maldigo a la genética que no me hizo hermosa.

Quince minutos tarda en llegar Jacques y la emoción crece en mi interior cuando escucho el auto aparcarse fuera de mi casa. Verifico mi reflejo en el pequeño espejo que llevo en el bolsillo y salgo para encontrarlo.

Jamás se había visto tan apuesto.

Él está recargado en la portezuela del auto mientras se arregla el nudo de la corbata y verifica que sus zapatos estén bien lustrados. Lleva puesto un elegante traje de color negro, una camisa de lino blanca y su corbata es gris. Se ha dejado el cabello alborotado en lugar de peinarlo hacia atrás con fijador, igual que su padre insiste cada vez que deben vestirse de gala para algún compromiso. Me encanta la forma en la que su flequillo cae

sobre su rostro y enmarca sus ojos aceitunados.

Me detengo en el pórtico cuando veo que no se ha dado cuenta de mi presencia, sé por su actitud que él también quiere verse increíble para mí. Me acerco a él soltando una risita divertida y él me mira como si lo hubiera atrapado haciendo algo indebido.

—Apoline... —me dice balbuceando y doy una vuelta para que pueda mirarme por todos los ángulos—. Te ves hermosa.

Me sonrojo, como cada vez que él me hace un cumplido, y termino de acortar la distancia entre nosotros para rodear su cuello con mis brazos y besar sus labios. El aroma de su colonia me cautiva. Él me abraza por la cintura y me devuelve el beso, sé que también le enloquece el aroma de mi perfume.

— ¿Te gusta? —me pregunta señalando su atuendo con la mirada.

—Me encanta —le digo y me encargo de terminar de arreglar el nudo de su corbata.

Nos besamos nuevamente y subimos al auto para ir a la verbena.

Tengo la esperanza de que sea la mejor noche de nuestras vidas.

Capítulo 7

VI

La plaza de la verbena fue adornada con globos de color blanco y celeste. Hay guirnaldas colgadas en las fachadas de las tiendas, adornos de flores blancas en la entrada de la iglesia y las tiendas de la verbena desaparecieron momentáneamente para poder colocar las mesas para los invitados y un pequeño escenario de madera para que suban los músicos. En un extremo hay juegos infantiles para los niños pequeños, aunque hay adultos también divirtiéndose. La comida se encuentra en un buffet, idea de madame Marie Claire. Es una alargada mesa donde van los vecinos a servirse y luego llevan sus platos a sus mesas. La mejor parte es que la comida es gratis, sólo hay que pagar para usar los juegos.

La música viene por parte de algunos vecinos que han subido a tocar instrumentos tales como la guitarra al escenario. Recuerdo que un trío de chicas de las que peiné hoy en el negocio se quejaron de que los Montalbán pudieron haber contratado una banda famosa para que viniera a celebrar al matrimonio Cacheux, pero a mí me parece encantador que toda la celebración siga teniendo el estilo rústico que tanto nos caracteriza.

Jacques me lleva de la mano entre los vecinos para saludarlos a todos y nos dirigimos a la mesa de regalos para dejar nuestro obsequio.

Yo les obsequiaré un bolso tejido a mano para madame Cacheux y Jacques les dará un poco de dinero en efectivo para que puedan terminar de reunir los fondos que necesitan para abrir su propio negocio.

El matrimonio Cacheux ha soñado toda la vida con tener una tienda de mascotas, son grandes amantes de los animales y su idea me parece encantadora. Si logran cumplir su sueño estaré más que encantada de compaginar mi trabajo de estilista con el de cuidadora de animales.

Dejamos nuestro regalo envuelto en papel plateado con motivos de boda y seguimos recorriendo la plaza. Frente a la iglesia hay un fotógrafo

contratado por madame Marie Claire que retrata por un módico precio a las parejas que posan entre los adornos florales. Jacques y yo hacemos la fila para que nos fotografíen y él deja a mi nombre nuestro pedido: dos fotografías de gran tamaño enmarcadas para colgar en la pared, dos fotografías de tamaño normal y dos más para llevar en la billetera. El pedido estará listo en tres días así que Jacques podrá llevarse la mitad de las fotografías a París.

Todas mis clientas del salón de belleza me han dicho que el vestido que uso es hermoso y que jamás me he visto mejor, me hacen apenarme tanto que tengo las mejillas coloradas. Jacques también ha recibido cumplidos por parte de las chicas más jóvenes del pueblo.

Me siento contenta cuando él me abraza con más fuerza cada vez que una de esas chicas intenta coquetear con él, me besa frente a ellas y les provoca un ataque de celos.

Él es mío y yo soy suya.

Al terminar de recorrer y saludar a los vecinos, nos dirigimos a los juegos de azar para ver a mi padre intentar ganar en el lanzamiento de dardos. Jacques lo convence de jugar una partida juntos y apuestan dinero. Mi novio le da una paliza a mi padre y el público estalla en risas.

Me encanta su sonrisa infantil, es la misma de un niño en Navidad.

¿Existe un hombre más perfecto que él?

Luego de jugar un rato nos dirigimos a una mesa libre. Los centros de mesa fueron fabricados por mi madre, son simplemente hermosos. Es una canasta llena de flores y con letras cursivas están escritos los nombres del matrimonio Cacheux. Mi madre es tan talentosa que desearía que pudiésemos vender sus creaciones fuera del pueblo.

Veo al matrimonio Cacheux saludando a los invitados mientras Jacques va a buscar bebidas. Madame Cacheux lleva un vestido de color salmón y su esposo usa un traje de color gris. Me fascina ver a parejas tan enamoradas como ellos que han pasado casi toda su vida juntos...

Recuerdo entonces al matrimonio Montalbán y su inminente divorcio.

Cuando llegaron al pueblo me fascinaba verlos paseando por la verbena y besándose. Sé que su matrimonio está deteriorado y me parece triste. Quisiera hacer algo para ayudar a madame Marie Claire.

— ¡Apoline, querida! ¡Te ves encantadora!

Me levanto de mi asiento cuando madame Cacheux se acerca a saludarme. Le doy un abrazo y luego repito el gesto con su esposo. Les guardo mucho cariño, los conozco de toda la vida.

—Usted luce hermosa, madame Cacheux —le digo con una sonrisa.

—Me fascinan tus joyas, Apoline —me comenta monsieur Cacheux—. Te ves deslumbrante.

—Tenga cuidado, monsieur Cacheux —dice madame Marie Claire acercándose a nosotros—. Si mi hijo lo escucha creerá que quiere competir con él para conquistar a Apoline.

Monsieur Cacheux suelta una carcajada y continúa con su recorrido con su esposa mientras madame Marie Claire me envuelve en un fuerte abrazo.

Luce muy bien, como siempre, con ese vestido de color crema.

Veo a monsieur Montalbán conversando con algunos hombres y por alguna razón siento que acaba de discutir con su esposa. Es triste que festejemos el aniversario del matrimonio Cacheux cuando el matrimonio Montalbán está por disolverse.

Recibo más cumplidos por parte de madame Marie Claire y ella se sienta con nosotros en nuestra mesa. Jacques nos trae los platos con nuestra comida y nos divertimos como nunca. Mis padres se unieron también a nosotros y no dejamos de bromear y reír. Es como si a nadie le preocupara la partida de Jacques, como si nunca fuera a irse.

Jamás me he sentido tan contenta.

El baile es la mejor parte de la noche. Los músicos tocan una canción lenta luego de que el alcalde, monsieur Gaudet, anunciara que el matrimonio Cacheux bailará frente a nosotros por su aniversario. Ellos abren el baile y las demás parejas van uniéndose de a poco. Veo a mis padres avanzar tomados de las manos y unirse al matrimonio Cacheux, sonrío embelesada cuando los veo besarse mientras se contonean al ritmo de la música. El panadero invita a bailar a madame Marie Claire luego de que monsieur Montalbán se niega a acompañarla al centro de la pista.

Debo admitir que me siento un poco indignad. Ese podría ser el último baile que compartan, ¿por qué no hacerlo inolvidable?

Jacques se coloca frente a mí y me tiende una mano mientras se inclina un poco y pone la otra mano tras su espalda diciendo:

— ¿Me concede esta pieza, mademoiselle?

Asiento con la cabeza y lo acompaño al centro de la pista de baile. Él no deja de mirarme con esos ojos aceitunados mientras nos movemos al ritmo de la música. Las parejas se mueven alrededor de nosotros pero para mí es como si sólo existiéramos nosotros dos.

Es entonces cuando nuevamente recuerdo su inminente partida y el nudo vuelve a aparecer en mi garganta, tengo que recargar mi cabeza en su pecho para evitar que él vea mis ojos cubriéndose por una capa de lágrimas.

No quiero dejarlo partir, no quiero desprenderme de él.

Si hemos pasado juntos toda la vida, ¿por qué el destino es tan cruel para separarnos?

Sollozo en silencio sin darme cuenta y él detiene nuestro contoneo para tomar mi barbilla con sus dedos. Levanta mi rostro para que lo mire y puedo notar la preocupación en sus ojos. Siento una cálida lágrima solitaria recorrer mi mejilla y mi barbilla comienza a temblar. No quiero llorar, no ahora. No mientras estamos festejando el aniversario del matrimonio Cacheux. Pero es tan difícil contenerme, es tan difícil aceptar que mi relación con Jacques está llegando a su fin. ¿A quién engaño creyendo que él volverá? Sé que en París conocerá a más mujeres ciudadinas más hermosas que yo, mujeres de buena posición económica a las que no tenga que sorprender con obsequios caros.

Y yo lo amo tanto...

—No quiero verte llorar —me dice en voz baja para que sea yo la única que lo escuche, tengo que tomar un respiro para evitar sollozar en voz alta—. Apoline, querida, escúchame —me dice y enjuga mis lágrimas con sus pulgares, yo soy incapaz de parar de sollozar—. No quiero verte triste, Apoline —insiste él casi en tono suplicante, me destroza el corazón ver que él se comporta de esa manera gracias a mi actitud—. Eres lo más importante para mí. Sólo quiero verte feliz y si no puedes sonreír siempre, entonces yo tampoco podré hacerlo.

Me toma las manos para besar mis nudillos, mis sollozos no paran y es ahora que me doy cuenta de lo grave de la situación. Nuestros besos están contados, nuestro tiempo para estar juntos se está acabando. ¿Qué pasará con todos los sueños que teníamos de formar una familia? No nos casaremos nunca, las personas que trabajan en la verbena jamás organizarán una fiesta para celebrar nuestro aniversario de bodas...

Incapaz de hablar, lo beso con pasión para transmitirle así todos mis temores. Él me abraza con fuerza mientras me devuelve el beso y siento

que podría quedarme entre sus brazos el resto de mi vida, es el único sitio donde me siento segura, es el único sitio donde siento que no hay nada en el mundo que pueda hacerme daño.

Quisiera poder quedarme así para siempre.

Capítulo 8

VII

No logré tranquilizarme así que Jacques nos disculpó con los invitados diciendo que estaba cansada y quería dormir. Madame Marie Claire incluso me puso una mano en la frente para verificar que no tenía fiebre, aparentemente palidecí tanto que me veía enferma. Mis padres se preocuparon tanto que tampoco pudieron seguir divirtiéndose y me siento culpable por haber arruinado la celebración del matrimonio Cacheux. Vamos en el auto y la fiesta queda atrás, de verdad espero que vuelvan a divertirse y no se preocupen por mí. Me enfada haberme deprimido tanto durante un momento tan divertido para ellos que mis lágrimas ahora son de furia.

Jacques toma un camino totalmente distinto.

Me lleva a la residencia Montalbán en lugar de ir a mi casa.

Él también se ve angustiado y sé que es por mi culpa.

¿Por qué fui tan estúpida como para tirarme a llorar en ese momento?

Mis dudas y mi inseguridad se esfuman y una voz interna me reclama a gritos que he pensado muy mal de Jacques.

Él sería incapaz de traicionarme, ¿cómo es que me atreví a creer que lo nuestro estaba acabando? Llevaremos nuestra relación a distancia, quizá podamos vernos en los veranos. Y tengo aún el teléfono celular que me obsequió, estaremos siempre en contacto.

Él me ayuda a apearme del auto y me cubre los hombros con su saco negro para conducirme al interior de la vivienda.

He estado muchas veces aquí.

El interior tiene un amueblado quizá demasiado moderno en comparación con el resto del pueblo, a monsieur Montalbán no le gusta el estilo rústico al que nosotros estamos acostumbrados. Jacques me conduce a su habitación y me deja sentada en la cama mientras se retira para buscarme un vaso con agua. La habitación de Jacques tampoco es desconocida para mí pues he pasado más tiempo aquí del que quisiera admitir. Es un sitio amplio y acogedor. La cama es de tamaño matrimonial cubierta con sábanas de color blanco y un cobertor azul marino. Hay un televisor, un computador, una consola de videojuegos y una estantería llena de libros. A Jacques le fascina la fotografía, ¿lo he mencionado ya? Hay toda una pared llena de imágenes nuestras en las que aparecemos besándonos, riendo, abrazándonos, haciendo cualquier cosa. Yo aparezco en la mayor parte de ellas y me alegra ser la única mujer, además de nuestras madres, que aparece en esa pared.

Es triste ver las cajas de la mudanza amontonadas en una esquina de la habitación. El armario está casi vacío a excepción de unas pocas mudas de ropa y eso me hace creer que el tiempo me está jugando una mala broma. Miro entonces las mesas de noche a cada lado de la cama. Hay más fotografías nuestras enmarcadas pero llama mi atención un sobre blanco con el nombre y el escudo de la universidad a la que él va a estudiar.

Intento no pensar en su partida y recupero el aliento para cuando él entra de nuevo en la habitación.

Trae en la mano un vaso de agua y me da también un pañuelo para secar mis lágrimas.

Me termino el agua de un trago y Jacques me envuelve en un abrazo mientras la tranquilidad regresa a mí poco a poco. Me da un beso en la cabeza y acaricia mi espalda hasta que puedo mirarlo de frente y dedicarle una sonrisa.

—No vuelvas a llorar por esto, Apoline —me dice y me acaricia la mejilla con el dorso de su mano—. Yo también estoy sufriendo por dejarte, pero no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

Asiento lentamente, de repente he perdido toda la capacidad de hablar así que comienzo a jugar nerviosamente con un mechón de mi cabello.

Hay tanto que quiero decirle, pero mi voz no quiere salir de mi garganta.

—Apoline... —insiste y me sostiene la barbilla con un par de dedos—. Si yo pudiera hacer algo para detener esto, sabes que no lo dudaría. No

quiero dejarte aquí y no podré irme sabiendo que tú no estarás bien.

Nunca he sido tan débil, ¿qué me está pasando?

Debería poder decirle que no quiero dejarlo partir.

Oh, Jacques, si tan sólo pudieras escuchar todo lo que estoy pensando en este momento...

—No quiero despedirme de ti —consigo decir con voz quebradiza y puedo sentir que el llanto viene de nuevo en camino, él me mira angustiado y sé que tengo que seguir hablando para intentar desahogarme—. Yo creí que pasaríamos juntos toda la vida, que nos casaríamos y formaríamos una familia... Que... Tú y yo... —estoy balbuceando y él me abraza con fuerza incapaz de responderme—. Te amo, Jacques...

Nuevamente estoy llorando como una condenada.

Maldigo a monsieur Montalbán por atreverse a hacernos esto, por obligarnos a separarnos luego de estar juntos durante tanto tiempo.

Me siento perdida, como si supiera que Jacques se irá llevándose un enorme pedazo de mí.

—Yo también te amo, Apoline —me dice él, en este momento siento que podría perderme en esas simples palabras y me aferro a ellas como si estuviera en un precipicio y fuera eso lo único que me impide caer—. No quiero desprenderme de ti, ¿cómo quieres que te lo diga para que puedas entenderlo?

Me siento como una niña pequeña a la que sus padres están riñendo luego de una rabieta. No sé cómo decirle a Jacques todo lo que he pensado, no sé cómo explicarle cómo me siento, así que nuevamente lo beso.

Parece ser un idioma que sólo nosotros entendemos.

Si estamos muy felices, nos besamos.

Si estamos muy molestos, nos besamos.

Y ahora, que ambos estamos desesperados, tristes, angustiados...

Nos besamos.

Sentir sus labios rozando los míos me hace pensar que todas mis

preocupaciones y mis dudas se alejan.

Estar con él es todo lo que necesito para ser feliz, ha pasado tanto tiempo desde que iniciamos nuestra relación que ambos nos sentimos perdidos al saber que no volveremos a vernos en mucho tiempo.

Sé que es una tontería, que cualquiera me diría que no necesito a Jacques para estar completa.

¿Qué puedo decir en mi defensa?

Lo amo, lo necesito.

Ni siquiera sé si mis pensamientos tienen sentido, nada lo tiene sabiendo que tampoco tendré a Jacques junto a mí.

De repente ya estamos recostados en su cama y seguimos besándonos.

Sea lo que sea lo que viene a continuación, tan sólo espero que sea lo necesario para seguir siendo la dueña del corazón de Jacques Montalbán incluso cuando él esté en París y yo me quede en mi amado Le Village de Tulipes.